

# Manuel de Falla a través de cuatro visiones líricas y una carta inédita

La primera *visión* lírica que tenemos del genial músico andaluz nos la ofrece otro andaluz genial: Juan Ramón Jiménez, en su libro en prosa poética *Espanoles de Tres Mundos*, donde evoca a Falla con delicada finura descriptiva, a veces, entre el corazón y la realidad... Se trata de una sentida y personal *acuarela*, fechada en 1926, en la que se vislumbra a un Manuel de Falla casi místico, aunque brioso en su concepción musical, y situado en un marco único: el *carmen* de *La Antequeruela* granadina...

El poeta de Moguer, que conoció al compositor gaditano en Madrid, antes de 1917, seguramente, en casa de los Martínez Sierra, según se deduce por la interesante aunque breve correspondencia entre ambos,<sup>1</sup> vive un domingo de luz, rodeado de curiosos personajes, en aquella Granada que amaba intensamente, a través de García Lorca... Y con su original ortografía, escribió este *retrato* inmortal de *Manuel de Falla* —así, sencillamente, lo titula—, envuelto, a veces, de cruda realidad lírica:

Se fué a Granada por silencio y tiempo, y Granada le sobredió armonía y eternidad. Tal presente de la Antequeruela Alta ve acaso una menuda presencia neta y negra, bordes blancos, teca negra de pie entre el lustroso hojear unánime de un alto jardín segundo: o enrojecido por el sol, polvo del ladrillo de un poniente áspero, rasgado, piado de aviones, un grupo de domingo en torno (manzanilla y galletas) del velador del jardín bajo: la romántica esbeltez granadina enlutada de encajes, la anciana siempre bonita de capita de otra moda, farsante bailarina extranjera, el niño Maceo cabeza de coco, algún poeta español.

Su hondo brío, no igualado luego en la música aquí, lo atesora Falla, recogido semanal, echándose en la cumulosa oleada de verdor profundo de los paseos en cuesta de la Alhambra, brazos de redonda lujuria seguida entre los duramente delicados amatistas, ópalos, rosas últimos de Sierra Nevada, verdad de Théopile Gautier; o enfrentándose desde San Nicolás, tal vez, con los cubos granas de la arquitectura cuadrada y maziza de las torres, quietas y solas bajo la imponderable ramificación sucesiva de los venosos ricos nublados vespertinos; o integrándose frente a la perenidad de tal ciprés no fúnebre, cortado, completo contra el naciente de luna alegre de un duradero *carmen* blanco.

De noche —y concluye el poeta moguereno su original y fina evocación—, suben los rumores de Granada: gritos de niños, campanas, balidos como estrellas menudas (que estamos con las grandes), un cornetín, medias coplas, lamentosos ondulados; y las luces incesantes de la Vega van y vienen. La soledad es absoluta en la Antequeruela, donde se exalta aquel balcón verde, con aquella persiana verde, con aquella farola verde (en el arrollo de la calle, la rata muerta). Y va tomando hora y sentido la esquina secreta de la tentación dramática, por la que, escondiéndose en la sombra de la luna, ronda el sueño del músico, sonriente y dichoso tras su rosario rezado, la rítmica fantasma con suspiros tentadores de la oculta, cobriza, perdida canción jítana.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> J. R. J. Selección de Cartas (1899-1958). *Prólogo de F. Garfias*. Barcelona, Colección «La Esquina», 1973, pp. 108-110.

<sup>2</sup> J. Ramón Jiménez, *Espanoles de Tres Mundos*, Buenos Aires, Edit. Losada, 2.ª edic., 1958, pp. 68-69.

Seis años llevaba viviendo Falla, con su fiel hermana María del Carmen, que nunca le abandonó, en esta blanca casita de la calle de *La Antequeruela Alta*, en la falda misma de la colina que corona la Alhambra, con su pequeño *carmen-jardín del Ave María*, cuando Juan Ramón le dedicó este admirable y colorista *retrato-acuarela*... Y también en Granada, y antes de 1920, tal vez en el *Círculo Artístico*, debió conocer Lorca al admirado compositor... Y nace una amistad entrañable, que sólo rompería la muerte del poeta de Granada...

Lorca, apasionado por la música, ya había ofrecido en el *Círculo* algunos recitales y conciertos *íntimos*; y comienza a colaborar con Falla; y asiste a las tertulias que cada tarde se celebraban en *La Antequeruela*... Y ambos, junto con el pintor Ignacio Zuloaga, organizan, en las vísperas del celebrado *Corpus* granadino, los días 13 y 14 de junio de 1922, el *Certamen Nacional de «Cante Jondo»*, para rescatar su pureza...<sup>3</sup>

Ambos —músico y poeta— tenían mucho en común como intérpretes artísticos de Andalucía e incluso existía entre ellos una influencia mutua; pero, sobre todo, se hermanaban en la pasión innata por la música, esencialmente, por la música del *Cante Jondo*...

Ya en su conferencia *Teoría y juego del duende*, cita Lorca en varias ocasiones a Manuel de Falla, destacándole, entre otros, como uno de los grandes artistas del pueblo andaluz, como prototipo del *andaluz universal*... y es que Falla, aparte su genialidad, sentía especial predilección por Federico, con un sentido casi paternal, pues le llevaba veintidós años... Y con su colaboración, llevó el poeta a cabo la puesta en escena de sus obras: *La niña que riega la albahaca*, *El misterio de los Reyes Magos* y otras piezas, en las cuales se nota ya claramente la delicada gracia, la suave ironía y el verbo poético de Federico.

Dos años antes de su trágica muerte declaraba Lorca a un periodista del diario madrileño *El Sol*: «Yo he aprendido del maestro Falla, que además de un gran artista es un santo, una ejemplar lección. En muchas ocasiones suele decir: “Los que tenemos este oficio de la música”. Estas humildes y magníficas palabras las oyó de labios del maestro la pianista Wanda Landowska... Yo estoy con Falla. La poesía es como un don. Yo hago mi oficio y cumplo mis obligaciones, sin prisa».<sup>4</sup>

Falla, aunque unido en el tiempo a la *Generación del 98*, fue el músico de los *poetas del 27*, gracias a Lorca y a Gerardo Diego, que encontraron en él *la más feliz coincidencia*...<sup>5</sup> Y se adentran en su música y le animan a colaborar en el polémico *Homenaje a Góngora*... Y la *feliz coincidencia* de esta invitación,<sup>6</sup> fue la música para

<sup>3</sup> Manuel de Falla, Escritos. Introducción y Notas de Federico Sopena. Madrid, Public. de la Comisaría General de Música, 1947, 141 pp. Vid. también Félix Grande, Memoria del Flamenco. II. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1979, pp. 508-510.

<sup>4</sup> Federico García Lorca, Poesía. Teatro. Artículos. T. I., Introducción de E. P. Barcelona, Círculo de Lectores, 1968, p. IX. En rigor, Landowska era clavecinista.

<sup>5</sup> Vid. el artículo de Enrique Sánchez Pedrote, «Manuel de Falla y la “Generación del 27”», en ABC de Sevilla, miércoles, 22 de septiembre de 1976, p. 25.

<sup>6</sup> Vid. la revista Lola. Amiga y Suplemento de «Carmen», n.º 1, p. 5.

canto y arpa que el compositor realizó para el magnífico *Soneto a Córdoba*, de don Luis de Góngora, según nos relata Alberti en su *Arboleda Perdida*...<sup>7</sup>

Fruto de la admiración que Lorca sentía por el músico gaditano, es también la dedicatoria de su valiente *Oda al Santísimo Sacramento del Altar (Fragmento)*, en «Homenaje a Manuel de Falla», así como el soneto escrito en febrero de 1927, con motivo del nombramiento de Falla como Hijo Adoptivo de la Ciudad de los Cármenes, el 26 de febrero del mismo año... He aquí la segunda *visión* lírica del músico andaluz, en este irregular soneto que, en verdad, no es de lo más brillante de la lírica lorquiana:

**Soneto del Homenaje a Manuel de Falla  
Ofreciéndole unas flores**

LIRA cordial de plata refulgente,  
de duro acento y nervio desatado,  
voces y frondas de la España ardiente  
con tus manos de amor has dibujado.

En nuestra propia sangre está la fuente  
que tu razón y sueños ha brotado.  
Álgebra limpia de serena frente.  
Disciplina y pasión de lo soñado.

Ocho provincias de la Andalucía,  
olivo al aire y a la mar los remos,  
cantan, Manuel de Falla, tu alegría.

Con el laurel y flores que ponemos  
amigos de tu casa en este día,  
pura amistad sencilla te ofrecemos.<sup>8</sup>

Ya Manuel de Falla, a sus cincuenta y un años, aparece en el ámbito nacional como un andaluz consagrado —fino, sensible, universal—... Y ésta es la faceta que va a interesar al poeta sevillano Joaquín Romero Murube (1904-1973), aparte de la honda admiración que por él sentía, y al que conoció en Granada, a través de Federico... Pues el ansia —el sentimiento profundo— de una Andalucía universal —inculcada por Juan Ramón—, siempre estuvo latente en el alma de Romero Murube; ello le llevó a estudiar y analizar nuestra psicología geográfica-lírica-humana, realizando tres interpretaciones, las más elevadas, de la sensibilidad íntima de la España eterna, en poesía, pintura y música, haciendo resurgir esa tríada andaluza irrepetible, allá en los últimos litorales: Picasso, en Málaga; Falla, en Cádiz y Juan Ramón, en Huelva...

En ellos, la interpretación de Andalucía alcanza —según Romero Murube— su plena universalidad que se unifica en una común aspiración: la amplitud eterna que «sin perder las savias vírgenes nativas, hace florecer en todos los climas y latitudes la rosa de la emoción andaluza más pura y trascendente».<sup>9</sup> Porque ellos lucharon con denodado esfuerzo «para superar el seductor casuismo centrípeto de esta edénica, indolente y deliciosa región andaluza. Y lo atacan en sus manifestaciones más conocidas y peli-

<sup>7</sup> Rafael Alberti, *La Arboleda Perdida*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1975. p. 225.

<sup>8</sup> Federico García Lorca, *Poesía*, 2. Obras, II. Edición de Miguel García Posada. Madrid, Akal Editor, 1982. p. 415.

<sup>9</sup> Joaquín Romero Murube, *Memoriales y Divagaciones*. Sevilla, Gráficas Tirvía, 1950, pp. 28-30.